

IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

La CATEDRAL del MIEDO

ÉVREUX

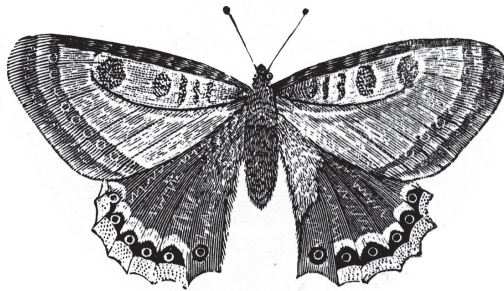
1871



Irene Adler

La catedral del miedo

Ilustraciones de
Iacopo Bruno



Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantyca S.p.A tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

Título original: *La cattedrale della paura*
© de la traducción: Miguel García, 2014

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2014
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2013 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia
© 2014 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Un proyecto de Pierdomenico Baccalario
Una historia de Alessandro Gatti a partir de la correspondencia de Irene Adler
Proyecto y realización editorial: Atlantyca Dreamfarm s.r.l.
Diseño gráfico: Iacopo Bruno
Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A
Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia
foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: marzo de 2014
ISBN: 978-84-08-12504-4
Depósito legal: B. 2671-2014
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Para más información contactar con Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



REGRESO A CASA



Las guerras no se libran nunca en el campo. Allí se contemplan de lejos con los ojos indulgentes e hipócritas de los más viejos, que confunden deliberadamente el humo negro de los incendios con el de hogueras para así tranquilizar a los niños. Atravesando la campiña francesa en las lentas etapas de nuestro viaje de vuelta al continente, cobijados en la dulzura de los cerros y los brazos intrincados de

los árboles, podíamos permitirnos el lujo de creer que todo cuanto afirmaban los rumores propagados por la gente era falso. Pero no lo era, todos lo sabíamos. Y mi padre, mi madre y yo habíamos escapado lejos, sí, pero ahora habíamos vuelto.

Vendedores callejeros que no sabían ni leer aireaban a grandes voces las funestas páginas de los periódicos, y los nombres que yo oía —Le Mans, Saint-Quentin, Lisaine— pasaban por mi cabeza fugaces como golondrinas. No quería saber nada acerca de la guerra, porque tenía la impresión de que, si empezaba a informarme de lo que realmente estaba sucediendo en mi ciudad, París, habría podido enloquecer del disgusto. O, peor aún, habría querido que volviéramos a la casa que habíamos abandonado hacía ya seis meses.

En efecto, había transcurrido todo un invierno desde que tomáramos el transbordador para Dover, desde donde habíamos continuado hasta Londres en uno de esos trenes formidables por los cuales los ingleses son con justicia famosos. La travesía de ida, según mi padre, debía marcar el comienzo de nuestra nueva vida. Un corte radical, como hecho con un cuchillo, entre lo que había ocurrido antes y lo que ocurriría

allí, en Inglaterra, lejos de la guerra que estaba convulsionando París.

En los meses que habíamos pasado al otro lado del canal de la Mancha, los franceses habían perdido todo cuanto podían perder: una guerra y buena parte de su dignidad. Siempre en opinión de mi padre, que, pese a haber vivido toda su vida en París, no era de origen francés. Era prusiano, como aquellos que habían ganado la guerra, y eso lo ponía bajo una extraña luz a ojos de quienes habían sido sus amigos. Además, tenía importantes contactos que, incluso durante la guerra, le habían permitido seguir trabajando. Al hierro, a eso se dedicaba mi padre. Y aunque nunca, ni siquiera una vez, me confesara que el hierro que trabajaban en las acerías Adler había servido para fabricar mosquetones y balas de cañón, yo sabía que, en cierto modo, no lamentaba tanto que estuviéramos en guerra.

—Ésta es una época de grandes cambios... —me decía cuando era más pequeña, revolviéndome el pelo—. Quién sabe, puede que de ella surja un mundo mejor en el que vivir, hija mía.

Y a veces, acompañando aquellas palabras suyas, «hija mía», yo notaba que su mano temblaba un poco,

tan imperceptiblemente que hicieron falta muchos años, y muchas aventuras, para que recordara aquel detalle cuyo significado ahora, cuando escribo, me resulta clarísimo.

«Hija mía», decía mi padre antes de que estallase la guerra y cambiara el papel de cada cual: hubo ricos que se empobrecieron, rebeldes que se convirtieron en hombres de Estado, soldados que desertaron y desertores que fingieron haber luchado en defensa de nuestra bandera.

Una bandera que, pronto descubrí, los tumultuosos acontecimientos de aquellos meses se habían llevado consigo, como tantas otras cosas.

—Según parece, la enseña de Francia ya no existe... —leyó mi padre un día, en nuestro viaje de regreso. La bandera era la de la Revolución, azul, blanca y roja.

—¿No? ¿Qué ha sido de ella? —preguntó mi madre, acurrucada en el rincón más resguardado del carruaje, con voz debilísima.

Mi padre no contestó o, si contestó, yo no lo oí, porque miraba el campo que corría apaciblemente por la ventanilla.

Otro tajo de cuchillo, pensaba yo. Una segunda

travesía de la Mancha, esta vez a la inversa, de Dover a Calais.

Londres, la brumosa Londres, se había difuminado en la grisura.

Nuestro viaje de vuelta no fue ni agradable ni bonito. Y no sólo por las condiciones de salud de mi madre. Me acordé de que, cuando el otoño anterior habíamos dejado Francia, el mayordomo de nuestra familia, el señor Horace Nelson, había sufrido de modo particular en la travesía. Él mismo me explicó más adelante la horrible experiencia que había vivido muchos años atrás a bordo de un barco: enrolado como marinero, fue acusado de haber matado a una pasajera y de haberla tirado por la borda. Y cuando el barco atracó en Londres, fue arrestado injustamente por Scotland Yard.

En cambio, en el viaje de vuelta de Inglaterra a Francia, Nelson había estado en la cubierta principal olisqueando el aire que llegaba del continente. Enorme, como un oscuro mascarón de proa, había permanecido inmóvil, con la mirada fija en el sur, como si entre aquella bruma salobre pudiera percibir el resplandor del acero y las explosiones de la pólvora.

Mi padre se había quedado todo el tiempo en el camarote atendiendo a mi madre, que, pálida como una vela de sebo, parecía desaparecer en la cama de tanto como la había consumido la enfermedad. Los médicos ingleses, e incluso uno de Viena que mi padre había mandado llamar, no habían tenido dudas a la hora de diagnosticar el mal que la aquejaba.

—Grave infección pulmonar. Es culpa del humo —habían dicho.

Y eso fue todo.

Mi padre había posado en mí aquella mirada suya, increíblemente digna, de compasión que ya había visto ensombrecerle el rostro en otras ocasiones y que además era la verdadera razón por la que, mientras vivió, jamás le pregunté si, aparte de raíles y ruedas de trenes, alguna vez había fabricado armas.

—Si el médico austríaco también lo cree, hija mía, es que debe de ser cierto —me había susurrado.

Mi padre, hasta el último momento, albergó esperanzas de que no fuera así, de que mi madre sufriera una pulmonía o una gripe especialmente aguda y nada más. La consolaba diciéndole que pronto llegaría la primavera y que la floración de los ciruelos y el polen de

los tilos de Hyde Park resquebrajarían aquel horrible invierno londinense, pero había servido de muy poco.

Las manos de mi madre perdían color día tras día, los accesos de tos se volvían cada vez más pronunciados y dolorosos, y el pulso en sus muñecas enflaquecidas y pequeñas era cada vez más débil.

Mientras tanto, mi padre y yo cenábamos sin cruzar ni una palabra. Un silencio tentacular, sólo roto por el tictac del reloj de péndulo y el tintineo de los platos de la vajilla de Limoges, se había adueñado de nuestra casa de Aldford Street.

—¿Sigues viendo a ese amigo tuyo? —me preguntaba casi todas las noches, olvidándose de mi respuesta, siempre la misma. Mi amigo se llamaba Sherlock Holmes, y sí, nos veíamos con cierta frecuencia, aunque la enfermedad de mi madre la había disminuido—. ¿Seguís estando tan unidos?

Sí, lo estábamos. Detrás de aquella pregunta se escondía otra mucho más complicada de hacer. Mi padre estaba pensando en un nuevo traslado, en abandonar Londres, y de aquel modo tan torpe, tan típico de los hombres, intentaba averiguar cuánto me afectaría aquella noticia.

Abandonar Londres justo cuando acabábamos de llegar. No me habría afectado tanto si me lo hubiera preguntado directamente.

Pero nunca lo hizo.

Únicamente me comunicó nuestra fecha de partida.

Así que habíamos vuelto a Francia, pero no a París, porque de la capital no llegaba ni una sola noticia que sonara mínimamente tranquilizadora. Mi padre había comprado una casa de campo en la villa de Évreux, a unos cien kilómetros al oeste de París, y hacia allí nos dirigíamos en el carruaje. Eran las colinas de dicha villa las que yo contemplaba desde la ventanilla. Con las manos sobre las rodillas, apretaba los puños como si sujetara algo, un pensamiento, una idea, una sensación de melancolía, y me esforzaba por no mirar ni a mi padre, de rostro sombrío como un cielo tormentoso, ni a mi madre, sentada frente a él tan pálida como un espectro.

En una de las paradas de aquel largo viaje de regreso, le pregunté a Horace qué sabía del mal que padecía mi madre, y él se limitó a menear la cabeza. Mi padre solía fumar algún que otro puro en casa,

pero sólo después de la cena y ni siquiera todas las noches. ¿Cómo habían podido sufrir semejante daño los pulmones de mi madre?

—No se trata del tabaco, señorita Irene —me explicó el señor Nelson—. La enfermedad de su madre se debe al aire de la ciudad. A las emanaciones de las chimeneas y de las fábricas que tanto abundan en Londres hoy en día. Su madre tiene los pulmones muy delicados y aquel aire era como veneno para ella.

En efecto, así era el aire londinense: había días en que tenías que abrirte paso entre una cortina de hollín denso y asfixiante. Recordaba incluso cómo algún chaparrón había trazado en mi ropa regatos como de lágrimas negras. Ése era el mal que aquejaba a mi madre, agravado por una acusada nostalgia de Francia y de las maneras francesas.

—¿Por eso no hemos ido a vivir a la campiña inglesa, a Bath u Oxford? —le pregunté al señor Nelson. Sabía que debería habérselo preguntado a mi padre, pero hablar con él se había vuelto insólitamente difícil. El hombre alegre y dulce de pocos meses atrás, el que me abrazaba y me hacía girar en el aire en torno a él, había empezado a esconder sus sentimientos tras

un telón bajado, como el de un teatro que hubiese cerrado repentinamente sus puertas.

—Su padre piensa que volver a Francia le hará mayor bien a la señora que cualquier otra cura... —me contestó el señor Nelson mientras nos disponíamos a reanudar el viaje—. Y yo creo que tiene razón.

Yo también lo creía.

Era el 6 de marzo de 1871.